



XIX.

TURCOS Y FRANCESES ALIADOS.

1542-1544.

Ataques á Susa y Monastir.—Expedición del Conde de Alcaudete.—Viaje del Emperador.—Presa de galeras francesas.—Barbarroja en Tolón.—Sitia á Niza.—Recobra el botín D. Garcia de Toledo.—Tratos con Doria.—Estragos en Italia.—Muerte del corsario.



LECO de la desgracia de Argel, escuchado por los enemigos del Imperio en Europa, respondió la audacia de los corsarios ensoberbecidos en el Mediterráneo, y la esperanza de los partidarios de Barbarroja contra Muley Hasán de Túnez. Tuvieron que ir en su apoyo las galeras de Doria y las de Sicilia, corriendo la costa desde la isla de los Querquenes hasta cabo Bon, castigando de nuevo á Susa, Monastir, Mehedia, los Esfaques, donde los moros se habían rebelado, y dejando por allá á D. Alvaro de Sande con el tercio de Sicilia.

Uno de los que se mostraron en Argel opuestos al reembarque del ejército sin tomar la plaza, D. Martín de Córdoba y de Velasco, conde de Alcaudete, se ofreció á buscar alguna compensación, resentido como estaba con el rey de Tremecén por falta de la palabra que empeñó por su conducto, haciendo la guerra por sí, para lo que le acordó licencia don Carlos, dándole título de Capitán general de Africa.

Empeñando la hacienda, reclutó la hueste requerida por la empresa, compró artillería y caballos, fletó navios é hizo



provisiones, llegando á embarcar 4.500 hombres escogidos. El 10 de Enero de 1543 se hizo á la vela en Cartagena con veintidós que le dieron cuidado, dispersas á las pocas horas de salir por un temporal fuerte. Algunas en que se vió solo corriendo á árbol seco con la Capitana, tuvo la amargura de creer perdidas las naves, la hacienda y los dos hijos en que se miraba. Nada de esto ocurrió: fueron llegando una en pos de otra á Mazalquivir, poniendo salvos en tierra hombres y bestias.

Pasó muestra el 22 de Enero á 13.500 soldados, contando los de Orán, y empezó campaña hacia el interior que no nos incumbe, y que tuvo término entrando victorioso en Tremecén ¹.

Corría la tregua de diez años ajustada con el rey de Francia en Aguas-Muertas, cuando el Emperador emprendió la jornada funesta; el desastre la rompió, creyendo el Cristianísimo monarca que quedaba Carlos V quebrantado, sin fuerza para resistir sus pretensiones; procuró, no obstante, apoyarlas con la alianza de otros príncipes: de el rey de Dinamarca, que por el Norte había de hacer diversión; de los duques de Cleves y de Borbón; de los reyes de Portugal y de Inglaterra, que se negaron á servirle de instrumentos, lo mismo que la señoría de Venecia; por último, del Gran Turco, á quien estimularon las embajadas y presentes con objeto de que enviara su poderosa armada á devastar las costas de España al tiempo mismo que él rompía la guerra por el Piamonte, Brabante, Luxemburgo y Cataluña.

Alianza impía, pacto odioso, ha denominado un estimable escritor francés á la de Francisco I con Solimán, reconociendo que levantó indignación general en la Cristiandad ².

Carlos V dejó en orden lo que convenia á la defensa de

¹ Hay relación particular en la obra titulada *Guerras de los españoles en África*. Colecc. de libros raros y curiosos, t. xv. Madrid, 1881, y otra comprenden los *Papiers d'État du Cardinal de Granvelle*. París, 1841.

² Mr. Jurien de La Gravière, *Les Corsaires barbaresques et la marine de Soliman le Grand*, París 1887. «Que de courses, que d'intrigues, que d'or répandu a profusion coúta le pacte odieux sur lequel Francois I fondait de si grandes espérances!» Página 93.



España, tras lo cual, embarcando el 1.º de Mayo de 1543 en la Real de Andrea Doria, partió de Barcelona con 57 galeras divididas en tres escuadras, á punto de guerra, y más de 40 naos. Llevaba por escolta 700 caballos y 8.000 infantes, soldados viejos de completa confianza. Tocó en Palamós, Rosas y Cadaqués, donde dejó á D. Bernardino de Mendoza con 25 galeras por custodia de la tropa, y siguió con el resto. Al pasar por Marsella hicieron algunos disparos las baterías de la ciudad y 10 galeras bajo de ellas.

Después de desembarcar el Emperador en Génova, se supo que aquellas galeras habían salido á la mar con pensamiento de tomar por trato el castillo de Niza; Andrea Doria les salió al encuentro con 44 y les apresó la Capitana y tres más.

Próximamente en estos días partía de Modón Barbarroja guiando 110 galeras, 40 galeotas y cuatro mahonas en dirección del faro de Mesina, trayendo á su bordo á Mr. de Polain, embajador de Francia ¹. En la costa de Calabria incendiaron á Reggio, abandonada de sus vecinos, siguiendo sin hacer daño (caso raro) por Terracina, Civita-Vecchia, Piombino hasta Marsella, donde acudió la gente en masa á presenciar los saludos y honores con que el Sr. de Enghien, general de las galeras de Francia, recibía á las aliadas, abatiendo ante el estandarte de la media luna el que tenía la imagen de María Santísima ².

Barbarroja, poco amigo de cumplidos, se informó del plan de guerra, pensando entraría en él un desembarco en las costas de España, como le habían dicho en Constantinopla. Las noticias de haberse perdido la oportunidad fracasando el sitio de Perpiñán, y de hallarse Andrea Doria á la mira en el golfo de Rosas, le molestaron mucho, arrancándole recon-

¹ Mr. Antoine Escalin, más conocido con el nombre de Polain y adelante con el de Barón de la Garde.

² «La Méditerranée fut témoin de ce scandale inouï: des équipages français saluant de cris joyeux l'apparition d'une flotte ottomane, des vaisseaux chrétiens amenant trois fois leurs voiles devant la capitane de Barberousse, des galères de Provence abaissant le pavillon royal, la bannière de Notre-Dame, pour hisser á la haste de poupe l'étendard du Grand Turc.» Jurien de La Gravière, obra citada, página 97.



venciones por haberse movido con tan fuerte armada para estar inactivo, con menoscabo de su reputación y riesgo del enojo del Sultán.

Más por apaciguarle que por lo que el hecho valiera, autorizó el Rey el ataque de Niza, dañando al duque de Saboya, pues que directamente no se ofrecía ocasión de hacerlo al Emperador. A la armada del Turco se unieron 26 galeras y 18 naves francesas con 7.000 infantes, marchando ambas á las órdenes de Polain.

Turcos y franceses desembarcaron en Villafranca, estableciendo las trincheras por tres puntos distintos, suficientes para demoler en poco tiempo la cerca de la ciudad. Capituló el Gobernador, obteniendo garantía de vidas y hacienda, sin contar con los aliados, á los que no era fácil convencer de que habían peleado por la honra de abrir al rey de Francia las puertas de Italia. Contuviéronse, porque había que ganar todavía el castillo, fortísimo, y pensaban resarcirse en el asalto, convencidos de que con los recursos de Polain había de quedar por ellos. En los momentos de enojo amenazaba Barbarroja con ausentarse, humillando á cada paso al que le sacó del Bósforo, y esos momentos se repetían porque el sitio avanzaba muy poco.

Una mañanita tomaron los turcos á un correo en el momento de atravesar las trincheras: era conductor de cartas del marqués del Vasto para el Gobernador, animándole á la resistencia, en el concepto de que en dos ó tres días á más tardar llegaría á darle ayuda con su ejército. Es de presumir que, habiendo llegado la letra á su destino, hubiera hecho el efecto calculado: lo que sorprende es el que causó en los sitiadores. Como si estuvieran á la vista las avanzadas españolas, empezaron á embarcar la artillería á toda priesa y alzaron el cerco. Los turcos entraron en la ciudad robando y cautivando; así respetaban ellos lo capitulado. Barbarroja, por librarse de embarazo y hacerse al mismo tiempo grato al Gran Señor, le expidió tres naos y una galeota con los prisioneros: 300 muchachos, mujeres y monjas sacadas de los conventos. Quiso su buena suerte que cruzaran el camino



con la armada de galeras de D. García de Toledo, de Joaquin Doria, de la Santa Sede y de Malta, que había ido al archipiélago griego á molestar; todos recobraron la libertad en Mesina.

Apenas habían desaparecido en el horizonte las velas de Barbarroja, se vieron las de Doria trayendo al marqués del Vasto y al duque de Saboya con el ejército. Venían muy cerca de tierra aproximándose á Villafranca, cuando una turbonada repentina sorprendió al ojo experimentado del General, descargando con furia increíble: cuatro galeras se estrellaron en las rocas sin poderlo remediar y faltó poco para que á la Capitana sucediera otro tanto. Polain recibió aviso de la ocurrencia, probablemente exagerado, pues que instaba á Barbarroja á retroceder desde la isla de Santa Margarita, dando por segura la presa de toda la escuadra cristiana. El viejo corsario desandó, en efecto, una parte del camino, mas no hubo persuasión que le hiciera pasar de Antibes. A las instancias, á las preguntas respondió riendo ¹:

«Así lo debo á mi hermano Andrea Doria por lo de Bona y aun por lo de Previsa.»

La malicia recogió la frase, dando por cosa averiguada la inteligencia y relación entre los dos caudillos, lo mismo que daba por deshecho al ejército de los cristianos porque se le anegaran cuatro galeras, trayendo á colación circunstancias inexplicables: el rescate de Dragut, que hasta entonces había tenido Doria al banco, por 3.000 ducados; la provisión de remos que recibieron los turcos de Génova, no habiéndolos en Francia.

El descalabro de la escuadra no era para tanto: «Aquí se perdieron, escribía García Cereceda, la galera *Condesa* y la *Devisa*, que eran dos buenas galeras de las del príncipe Andrea Doria, y la *Capitana*, del marqués de Terranova, y la *Gata*, de Cigala, que todas cuatro se hicieron pedazos, y las demás perdieron alguna palazón y obras muertas, y se ahogaron hasta 40 forzados y otros 10 soldados.»

¹ Sandoval.



Que hubo tratos, se sabe ahora con seguridad, vistos los documentos oficiales con testimonio de la venalidad de Jayredín; algo se traslució; algo pudo servir de fundamento á las hablillas que quedan apuntadas y á la desconfianza del rey Francisco I, temeroso de alguna fechoría del corsario ¹, si bien no le faltaban otros motivos para arrepentirse de haberle llamado.

Barbarroja internaba en el puerto de Tolón, instalado como en su propia casa. No era allí huésped; era amo. No consentía que se tocaran campanas en las iglesias; de noche ponía en tierra destacamentos á correr los caseríos y veredas, con objeto de secuestrar campesinos en reemplazo de los remeros que morían; cometía toda especie de violencias, recibiendo raciones al completo de su gente y 50.000 ducados mensuales de sueldo.

En la mar tenía una escuadra de cincuenta velas, las treinta y seis galeras, que no dejaron de causar daño en España. Hicieron asiento ó base de operaciones en Formentera; quemaron á Palamós y á Rosas, sin daño de personas, por haberlas desamparado los vecinos; lo mismo ocurrió en Villajoyosa; mas en otros lugares tuvo tiempo de reunirse gente de á pie y de á caballo, y rechazaron á los turcos con pérdida de alguna consideración. Tales fueron Ibiza, Alicante, Guardamar y algún otro puerto de Cerdeña ².

Entrado el año 1544, subieron las exigencias de Barbarroja para los franceses con la penuria de su erario.

Pedía, antes de marchar, la paga adelantada hasta el día en

¹ Brantôme, escritor francés de la época, citado por Jurien de La Gravière. El cronista del Emperador, Sandoval, dice: «Hubo avisos de que entre Barbarroja y Andrea Doria habla grandes tratos de amistad, enviándose cada día fragatas el uno al otro y presentes, con demandas y respuestas, de que tuvo algunas sospechas y aun temores el Rey de Francia, no le hiciese Barbarroja alguna burla pesada concertándose con el Emperador. Y no iba fuera de camino el francés; que como hay tan poco que fiar de turcos, fácil era á Barbarroja hacerse señor de su armada y aun de Marsella, y el Emperador si quisiera ganar este enemigo y traerlo á esto, que el dinero todo lo puede, tuviera el Rey su merecido, por haberse fiado de un bárbaro enemigo capital, y sin vergüenza de la fe cristiana.» T. II, pág. 361.

² Colección Navarrete. Tomo 4, núm. 4.



que la escuadra entrara en el Bósforo; que se le entregaran graciosamente cuatrocientos moros y alárabes que andaban al remo en las galeras de Francia; conseguido lo cual, más un presente personal de ropas y plata labrada, se hacía todavía el rehacio, demorando uno y otro día la marcha por sacar más.

De seguro respiró contento Francisco al darle cuenta de la partida de sus buenos aliados; así dejaran de respirar los pueblos de la ribera italiana, por donde pasó al regreso con el cuchillo y la tea en la mano. Desde la isla de Elba, en que empezó el oficio antiguo de corsario, Telamón, Porto-Ercolle, Ischia, Procita, Pólicastro, Lipari, Fumare de Muro, Ciriati y Gallípoli, llenaron sus galeras con riqueza y gente que no cabía más, sin lo cual fuera mayor la desolación que tras sí dejaba, presenciando los actos León Strozi, prior de Capua en la Orden de San Juan, embajador de S. M. Cristianísima en la Puerta Otomana, que acompañaba con siete galeras francesas á Barbarroja, y mucho le importunó para que batiera á Orbitelo, lo que no hizo aquél por estar la plaza en regla. Nunca los corsarios acometen á los apercebidos.

Hiciéronle en Constantinopla honroso recibimiento, aunque no faltaron malas lenguas murmuradoras de la ineficacia de esta última campaña. Él supo acallarlas con regalos de esclavos, conservando la buena gracia de los Ministros y la opinión del Sultán, halagado con la presencia del Embajador de Francia y satisfecho con tantos despojos de cristianos.

Muy poco después, en Agosto de 1546, sonó la hora fatal de aquel hombre extraordinario, que había cumplido los ochenta años á bordo de una galera. De aprendiz de alfarero y grumete, ascendió por sus facultades, sin apoyo ajeno, á ser rey de Argel y de Túnez, cabeza de los corsarios, creador de la marina turca, su almirante y alma. Trató con Francisco I y con el Emperador, respetado y temido de ambos; fué azote de España, siendo incontables los cautivos robados á los pueblos y á los campos, y los daños causados al comer-



cio. A no mediar los tratos y componendas de los últimos años, pusiera en peligro la nacionalidad, como ofreció á Solíman, pues sabiendo su llegada á Marsella, ensayaron otro alzamiento los moriscos de Valencia, y hubiera alcanzado suma gravedad, habiéndolos auxiliado con la poderosa armada que regía.

Pintanle los coetáneos de buena disposición, blanco y bermejo, de donde le vino el sobrenombre; las pestañas muy largas; en edad avanzada engruesó, y reía poco. Preciábase de hablar bien el castellano, aunque ceceaba, y lo usaba con frecuencia (sabiendo muchas lenguas), porque fiaba y confiaba mucho de los renegados españoles que le servían; en los juramentos é imprecaciones, cuando se enojaba, no se diga.

Moralmente le retrataron soberbio, disimulado, avariento, venal, cruel en demasía, muy lujurioso *en dos maneras*; esforzado y cuerdo en pelear y acometer, duro á la fatiga, constante en los reveses, ajeno á la flaqueza, suelto de lengua.

Supónese que aceleró su fin una aventura novelesca que le ocurrió en la última expedición, cuando venía á Francia, y fué el caso que habiendo rendido en Reggio un castillejo guarnecido por sesenta hombres, parecieron entre los prisioneros la mujer del alcaide, nombrado Gaetano, y una hija, joven bellísima y música excelente. El corsario que tantas personas había cautivado, quedó cautivo de la beldad, y tomándola por mujer dejaba pasar las horas á su lado. ¡Las horas de un octogenario!

¿Ganó algo la cristiandad con su desaparición? Discípulos dejaba que le habían de reemplazar sin desventaja.
